

En el que se prueba que la verdad es difícil de conocer.

Roberto de Beaulieu había ido del Havre á Trouville, en un estado de perplejidad cruel. Lo que pasaba á su alrededor, le parecía tan raro, tan imprevisto, que experimentaba una extrema turbación. Su imaginación, tan clara de ordinario, estaba oscurecida. Ya no tenía ni lucidez ni energía, no sabía qué creer ni qué pensar. Se parecía al hombre que en un país desconocido se encuentra de noche en una encrucijada frente á cuatro caminos y no sabe cuál de ellos tomar.

El hombre que ama, es el primero siempre en defender contra su razón á la mujer que adora.

Roberto de Beaulieu amaba á Germana; la amaba desde su infancia. La amaba con pasión. No ignorando nada de su pasado, había aprendido á estimar, á apreciar su carácter rígido, franco, enemigo del engaño, decidido y voluntarioso tal vez, pero las condiciones en que ella se encontraba, ¿no explicaban la parte imperiosa y dominante de su naturaleza?

No se está impunemente en posesión de una

fortuna considerable, sin otro consejero que un anciano demasiado débil y bueno, que se distrae con todos sus caprichos y no vé nada tan bueno, tan generoso, tan dulce, tan perfecto en fin, como la niña huérfana y única heredera de inmensos bienes, que es toda su familia.

Cuando entró en su cuarto de la *Rocas-negras*, Roberto se colocó delante de un admirable retrato de Germana y lo olvidó todo al verse enfrente de la maliciosa silueta de su prometida; excusó el capricho que tanto le había ofendido: se hizo á sí mismo todos los razonamientos que podían absolverla, y llegó á decirse lo que el general de Treville había dicho en un esfuerzo de imaginación y de ternura paternal, para defender á Germana:

—¡Es una prueba!

¡Absurdas las conversaciones que había oído! ¡Vanas las ideas que bullían en su delirante imaginación! Procuró desecharlas como á importunos fantasmas, y lo consiguió... á medias.

Todos los días, mientras que el general permaneció en Deauville, iba á pasar algunas horas con él y á hablar de los ausentes.

No recibía aún noticias de ella. Se quejaba de esto.

El general le tranquilizaba.

—¡Crecis que hay buzones que flotan en el agua como las boyas! ¡Pardiez! esperemos.

Roberto esperaba.

Después sobrevinieron las distracciones. Llegó el fin de agosto y se abrió la caza. El vizconde volvió á casa de su padre, quien salía poco de su bosque; después al castillo de Roye, en Seine-et-Marne, adonde el general le llamaba.

El general le acogía siempre con benevolencia.

—¡Satisfecho!—decía, mordiendo su canoso bigote.—¡Va bien! ¡Buena travesía! ¡Viaje soberbio! ¡Debi acompañarla! ¡Perezoso! ¡La edad! Recuerdos para vos. ¡Capitan Perros excelente!

Si el general se tragaba la mitad de las pa-

labras, era que mentía de una manera descarada y que la mentira repugnaba á su carácter franco.

Pero se había decidido á hacerlo por heroísmo.

¿No era preciso salvar á Germana á todo trance?

La verdad era que tenía noticias de ella, pero no eran buenas.

El también reflexionaba, y sin saber qué era lo que pesaba sobre la infortunada, comprendía que era víctima de una desgracia terrible, puesto que no se atrevía á confesarla, é insistía tanto en atenuar sus consecuencias.

Nazario Perros había cumplido en parte su misión.

Las cartas á que se refería el general estaban fechadas en San Sebastian y Lisboa, llevaban el sello de las administraciones de correos de estos puntos y todos los caracteres de la mayor autenticidad.

Hé aquí lo que decían:

«12 de agosto.

»Mi buen tío:

»Pienso con frecuencia en vos. Todos los días me traslado con la imaginación á ese hermoso y melancólico hotel de Roye, en donde os veo ir y venir, un poco desorientado sin duda, por mi partida, incomodado tal vez.

»¿Podriais estarlo de veras con esta pobre Germana, que tanto os ama!

»Os he dicho la necesidad de mi fuga.

»Sin duda más tarde os lo confesaré todo, cuando el tiempo haya ahogado mis resentimientos y cerrado la herida que me hace sufrir.

»Desde que estoy embarcada y no veo más que agua de un color verde esmeralda, sobre la cual se ciernen grandes aves viajeras, y el cielo, con frecuencia velado por las brumas, como el porvenir que nos espera, una gran tran-

quilidad ha entrado en mi alma. Me parece que habito otro mundo y que me alejo de esa tierra donde dejo tantos recuerdos. El olvido de las horas tristes aumenta en mí gradualmente como la sombra cuando el sol se abisma en las profundidades del Océano.

»Es una gran alegría, mi querido tío, poder decir que por un privilegio exclusivo de nacimiento, gracias á la fortuna que se ha encontrado uno al venir al mundo, puede considerar á la tierra como un inmenso parque en el cual tiene derecho á pasear con entera libertad y sin la menor traba, del uno al otro extremo.

»Esta dicha es desdeñada por nuestros compatriotas.

»Apenas si la bandera tricolor flota en los mástiles de algun que otro navío, cuando centenares de barcos se cruzan con el nuestro ostentando la de las demás naciones.

»La *Golondrina* es admirable.

»Se deslizaba por el mar como el pájaro cuyo nombre lleva, ¡y qué capitán tan excelente!

»¡Qué gran acierto tuvisteis al elegirle! Cada día me es más agradable. Es discreto y adicto, sin caer en el servilismo. Bajo su brusquedad y rudeza exterior, oculta una sensibilidad que se adivina y una paternal bondad comparable tan solo con la vuestra; menos débil quizás.

»Nos hallábamos á la altura de Brest, cuando una mañana me preguntó:

»—¿Adónde quereis ir?

»—¡No lo sé siquiera!

»Se mostró sorprendido de mi indiferencia.

»—La *Golondrina*—le pregunté—¿puede emprender un viaje largo?

»—¡Al Perú, si os place! No teneis para ello más que desplegar vuestros labios.

»—No tan lejos—le repliqué sonriendo. ¿Qué diría mi tío? ¡Vamos únicamente en busca de los dominios del sol.

»Y he nos aquí frente á San Sebastian.

»No me detengo en él más que para poner es-

ta carta en el correo y repetiros cien veces más que pienso en vos y que os amo.

»GERMANA.»

»*Posdata.*—Saludad en mi nombre á quien sabeis.»

Ni una palabra acerca de su ruta. Era, pues, imposible tratar de reunirse á ella.

«20 de agosto.

»Tenemos á la vista las costas de Portugal.

»Perros queria dirigirse á las Azores.

»Con el dedo me indicaba la direccion que era preciso tomar.

»—Por lo que veo conocéis nuestro planeta á fondo,—le dije.

»—Desde pequeñito, apenas si he dejado la mar,—me contestó.—He recorrido un poco de todas partes.

»El Océano tiene sus caminos como la tierra.

»No nos hemos dirigido á las Azores. Entramos en Lisboa. ¡Qué lástima que no esteis aquí! ¡Esto es maravilloso! ¡El tiempo hermosísimo!

«25 de agosto.

»Reanudo mi correspondencia desde las riberas de este Tajo tan célebre en un tiempo y hoy casi olvidado.

»El panorama es espléndido. Es ocasion de abusar de esta palabra que se ha hecho tan vulgar.

»¡Pais dichoso! ¡Todo aquí sonrie! Todas las mujeres lanzan miradas de fuego bajo sus abanicos, ó á la sombra de los miradores; todos los hombres tienen el garbo y la gentileza de los toreros y de los picadores despues de una corrida brillante.

»Aquí no se ven ni vagabundos ni descamisados mendigos. El sol lo dora todo, hombres y objetos.

»Paso esta noche en el hotel á causa de Ursula, que soporta mal el vaiven del barco. En cuanto á mi, en ninguna parte estoy mejor que á bordo, y á bordo viviria constantemente sin fastidiarme.

»Mis ojos se cierran.

»Espero que vos dormireis tranquilamente y que me vereis en vuestros sueños. ¡Que un buen génio os preserve de todos los males y os conserve para los que os aman.»

»28 de agosto.

»Partimos en este instante. Ursula tiembla al pensarlo. No ha nacido para vivir en el mar. Sin embargo, goza de escelente salud. Decidsele á su amigo Jeannin. Ursula se encomienda á su recuerdo, si es que la recuerda aun.

»Cierro esta carta. La mar y el capitán nos esperan y no sé cuál de los dos tendrá menos paciencia.

»Estad tranquilo acerca de mi suerte.

»Recorro lugares encantados y estoy guardada por una tripulacion tan valiente como disciplinada. ¡Mucho trabajo me costará separarme de ella!

»Vuestra, GERMANA.»

El general trató de deducir, de entre estos testimonios de cariño, el verdadero pensamiento de su sobrina, pero no lo consiguió.

Despues de estas cartas, el general no recibió más que otra, que tardó mucho más tiempo en llegar á su poder, porque el capitán Perros la habia llevado más lejos en el viaje emprendido en compañía de su equipaje, pero en ausencia de su dueña.

Esta carta habia sido llevada á Bayona por un *steamer* salido de la Madera. En Bayona habia salido en el tren correo para París.

«3 de setiembre.

»Mi querido tío:

»Os escribo desde Canarias, donde me encuentro hace cinco días.

»Me hallé tan fatigada al desembarcar, que no me he encontrado con ánimos para escribir hasta hoy, á pesar del deseo que tenia de hacerlo.

»Hémos aquí en un paraíso que yo admiro, tanto más, cuanto que hemos experimentado algunas emociones durante la travesía.

»Os lo referiré todo, puesto que el peligro ha pasado ya.

»Hemos sido acometidos por un terrible huracán, cuyos efectos se han hecho sentir durante veinticuatro horas.

La *Golondrina* lo ha resistido con bravura, pero fué desviada de su ruta más de cincuenta leguas.

»Las tempestades terrestres son juego de niños comparadas con las del mar.

»El capitán Perros estaba tan tranquilo como si hubiera estado sentado á la sombra, delante de su casa de la calle de Etretat.

»—No tengais miedo—me decía.

»—No lo tengo; no temo morir.

»—¡Morir vos, á los veinte años, joven, rica y hermosa!

»Después le oí murmurar entre dientes:

»—¡Morir! ¡Habla de morir! ¡Qué dirían, pues, tantos pobres, reventados bajo el terrible peso de la vida, si oyeran bablar de morir por pasajeros disgustos?

»¡Mis disgustos son tan visibles, que hasta Perros los ha adivinado!

»Estaba yo sobre el puente y me echó de allí con tono brusco.

»—Idos—me dijo.—Una ola puede arrebatáros y soy yo el responsable de lo que os ocurra.

»Tres días después fondeamos en Tenerife.

»Yo tenia necesidad de reposo, lo confieso.

»El capitán me instaló en una *villa*, en medio de un verdadero Eden.

»Todo aquí es alegre y está lleno de pájaros y de flores.

»Pero no me encuentro agusto en ninguna parte. ¡Todo me molesta y todo me fatiga! Me siento impelida por una fuerza desconocida, por una necesidad que me lanza de todas las partes en que me hallo.

»Mañana partiré de seguro.

»La *Golondrina* abrirá sus alas y me trasportará de nuevo.

»—¿A dónde? No lo sé decir en este momento. ¡Cerca de vos, quizás!

»Adios, querido tío, querédme siempre y compadecedme alguna vez.

»Tengo miedo á volverme loca, tanto es lo que sufro.

Vuestra,

»GERMANA.»

El vizconde de Beaulieu estaba presente en el momento en que el general leyó esta triste carta en el parque de Roye.

—¿Qué le ocurre general?—preguntó vivamente.

El señor de Treville sacó fuerzas de flaqueza para responder como de costumbre:

—¡Está bien! ¡Buenas noticias! ¡Viaje admirable! ¡Regresa!

Pero si Beaulieu le hubiera mirado con más atención, hubiera visto correr una lágrima, que el anciano fué impotente para contener y que limpió furtivamente con el revés de la mano.

En que el baron Santiago de Brandes continúa realizando sus propósitos.

Al recibir el aviso de su amigo Triquet, el baron experimentó un exceso tal de alegría, que no escapó á la mirada perspicaz de su ama de gobierno, Susana.

El baron estaba á la mesa con dos ó tres amigos, que no pertenecian, para decirlo todo, á la clase más elevada de la sociedad.

Pero ya sabemos que su casa era hospitalaria.

Reemplazaba en el país á las posadas de que carecía, lo cual era un doble provecho para los viajeros.

En ella se era siempre bien recibido y no se pagaba escote. Esta clase de casas no son mal miradas en la campiña, al contrario.

Allí estaba el sargento de una brigada de gendarmes, acantonada en un pueblecito que distaba tres leguas de Brandes.

Es preciso estar bien con la autoridad. Santiago lo estaba en la persona más elevada de su representación por aquellos contornos. Todo es relativo.

El sargento tenia un cubierto en la mesa de Santiago y un sitio en la cuadra para su caballo. Estas cosas se tienen en cuenta. Si el baron hubiera ido á cazar un corzo en tiempo de veda, para alguna comida de amigos, es probable que el estimable militar hubiera vuelto la cabeza á otro lado.

No decimos que esto fuera cierto. Pero la amistad no es una palabra vana, y el estómago tiene su agradecimiento, ó seria preciso renegar de la humanidad si así no fuera.

A la izquierda del baron estaba un alguacil, que, de cuando en cuando, iba á aquella comarca á practicar embargos, sin mostrarse demasiado severo en ellos, excepto cuando se trataba de sus propios créditos, pues entonces era implacable.

Aquel verdugo de deudores, se llamaba Berchard Sosthène Isaie, y se decía que prestaba á un interés excesivo.

Su cabeza parecía la de una garduña; era seco de cuerpo y parecía enclenque; se hubiera creído que de un capirotazo se le derribaba; pero resistía á las más rudas fatigas.

Este roedor era infatigable.

Tal amistad favorecía poco á un hidalgo como Santiago de Brandes.

Si por desgracia en un año malo, aquel hombreillo insinuante y tortuoso como una culebra, se hubiera mezclado en los asuntos del baron, el mismo diablo no hubiera podido evitar que hiciera su negocio. Berchard Isaie-Sosthene no se hubiera ido de allí sino despues de haber devorado los bosques, las tierras, las dependencias y hasta las piedras de la casa.

Pero el baron se defendía. Las ofertas del alguacil eran siempre recibidas por él con frialdad. Berchard no se resentía por ello. Acechaba la ocasion. Sabido es que la zorra pasa horas y horas agazapada al pie de una madriguera esperando á los conejos. Berchard se parecía á la zorra. Tenía la paciencia de ésta. Por lo demás, era muy atento y respetuoso con San-

tiago de Brandes, quien no hubiera vacilado un instante en arrojarle por la ventana, á la más leve palabra por la cual se hubiera creído ofendido.

Si el sargento de gendarmes representaba al ejército y el alguacil á la justicia, en la mesa del baron, el clero estaba bien representado allí por el párroco de Brandes.

El cura de Brandes tendria de treinta y ocho á cuarenta años; era sencillo, bueno, muy caritativo y más pobre que cualquiera de sus feligreses. Lo pasaba bien en casa de Santiago, en donde servia de preceptor al sobrino del baron, Andrés de Fresnaye, el huérfano, cuyo blanco y fino rostro contrastaba con el de las gentes que le rodeaban, como hubiera contrastado un cuadro de Velazquez ó de Vau-Dyck, rodeado de malas pinturas.

Susana iba y venia alrededor de ellos.

—¿Estáis contento?—dijo al oido al baron una de las veces que pasó á su lado.

—Muy contento.

—¿Qué carta es esa, tio?—preguntó con dulce voz al niño.

—Esta—dijo Santiago de Brandes, dirigiendo á Susana una mirada de inteligencia—lo es todo y puede no ser nada.

—¡Oh! ¡parábolas!—dijo el cura.

—Todo—repitió Santiago—es la fortuna, el dinero y su prestigio; el poder dominar á los demás, el poder ostentar el rango de nuestros abuelos, el abandonar esta casucha, de la cual quisiera sacarte. Todo; es un hotel en Paris, con lacayos llenos de galones, suizos en las puertas, grandes trenes y cuanto puede permitirse quien tiene mucho dinero.

—No comprendo—dijo Andrés.

—Ya comprenderás con el tiempo.

El niño estaba admirado al oír á su tio.

—Eso es oscuro como el Apocalipsis—observó el cura.

Santiago volvió á leer con mucha atencion la carta de Triquet.

—¿Teneis algun negocio, señor baron?—preguntó cautelosamente el alguacil.

Santiago inclinó la cabeza.

—Si necesitais dinero...

—Gracias; ¡al treinta por ciento, viejo avaro!

El alguacil se encogió de hombros con aire de compuncion.

—No importa, acordaos de mi oferta. El dinero es el nervio de la guerra, y en buenas condiciones...

El ejército vaciaba poco á poco su vaso.

El baron tenia en su bodega un excelente vino del Mediodia, para estas ocasiones.

El gen'arme, que era del *Perche*, lo declaró exquisito.

Susana escuchaba y comprendia.

Sus bermejos ojos despedian chispas. Seguia la aventura de su amo con verdadera pasion.

Por fuerte que se sea siempre se necesita un confidente. Susana era el confidente del baron.

—¿Sabeis que están muy alegres en el castillo de Beaulieu?—dijo el alguacil. Pasé por allí ayer tarde. Los guardas, el administrador y los eriaos del conde, están henchidos de orgullo. Van á poseer todo el canton. Hablan ya de estenderse, de comprar lo que puedan entre los Essarts y Beaulieu. ¡La mejor fortuna del pais! ¡La vuestra, señor baron! Yo en vuestro lugar...

—¿Qué hariais, Bechard?

—¡Oh! ¡oh! ¡Seria preciso verlo! ¡Aquí, para entre nosotros, perder tantos millones, es muy duro!

—¿Qué hubierais hecho vos?

—Hubiera buscado... meditado... ¡La joven se encontraba tan solo entre vos y el tesoro!...

Sus ojos decian más que su lengua.

—No podia matarla—observó el sargento.

El alguacil se sonrió, pero con falsa sonrisa.

—¡Conformes... y luego que estais vos aquí, vosotros los gendarmes, la fuerza pública, la ley, los encargados de perseguir á los malvados! Y además se es ó no se es honrado. Pero

ha tenido suerte la señorita... porque no faltan gentes que se hubieran dejado tentar por la idea de apoderarse de su fortuna... ¡Quinientos mil francos de renta en bienes mal arrendados, de los cuales se sacaría con facilidad una tercera parte ó una mitad más! Con ingenio... Reflexionad... un accidente... un vuelco en una zanja... una caída en un estanque... un caballo que se desboca... una bala que varía de dirección en el fondo de los bosques... Ni visto ni oído... Y esa fortuna pasa á otros.

El baron había pensado esto más de una vez.

Su pasión por Germana era tal vez la que la había salvado.

Pero Santiago de Brandes se encogió de hombros, y mirando sucesivamente al sargento y al cura para acentuar bien su desprecio, dijo con aspereza, llenando de vino el vaso del alguacil.

—Positivamente sois odioso, Bechard; me avergonzaria si os oyeran hablar en mi casa en esos términos.

Sosthene-Isaie replicó con tono de buen humor:

—¡Esto no es más que una simple hipótesis, señor baron! ¡Todo el mundo nos conoce en la comarca, saben bien que somos incapaces de faltar á la ley! ¡Pero es preciso no fiarse de todos!

Sosthene-Isaie Bechard tenía razón.

Hubiera sido preciso, sobre todo, no fiarse de él.

El cura había llevado de allí á su discípulo para darle lección y sustraerle á las del alguacil, que le escandalizaban.

—¡Ah! ¡y cómo vamos de florete, señor baron? —preguntó el gendarme.

—Vamos bien.

—¡El hermano Anselmo es un famoso profesor!

—Si—dijo Santiago,—voy allí por casualidad, de tarde en tarde.

El castellano de Brandes no se creía obligado á decir toda la verdad.

De tarde en tarde, era tres ó cuatro veces por semana cuando iba á buscar al hermano Anselmo, y se batían con impetu, lanzándose estocadas, en las cuales el fraile no llevaba siempre la ventaja.

En París, durante sus cortos estudios de medicina, el baron frecuentaba con más gusto las salas de armas que el anfiteatro, pero sobre todo desde hacía algunos meses, su pasión por la esgrima redoblaba.

El hermano Anselmo era un ex-oficial de granaderos de una destreza extrema y para quien la esgrima italiana ó la francesa no tenían secretos.

El verdadero nombre del hermano Anselmo era Leo Marette.

Había nacido en Sartene (Córcega), y era ligero de caseos, como casi todos los habitantes de aquella isla, tan hermosa como estraña.

En París, á consecuencia de dos duelos desgraciados, como decia el viperino Bechard, sus adversarios habían quedado sobre el campo del honor, el uno gravemente herido y el otro muerto.

Ellos le habían provocado.

El corso, con la espada en la mano, se cegaba.

El último de aquellos duelos tuvo una triste resonancia. La victima fué el conde de Sparre, uno de los compañeros de Marette, que debía casarse á los pocos dias. Su futura, loca de dolor, se envenenó la misma noche del duelo.

Marette, dulce como una jóven, cuando no tenía las armas en la mano, se impresionó de tal modo por este trágico acontecimiento, aunque toda la razón estaba de su parte, que renunció á su carrera y se retiró á la Trapa.

El monasterio de la Trapa, la gran Trapa del abate Rancé, está situado á tres leguas de Brandes.

A Santiago le gustaba ir al Monasterio á caballo á través de los bosques.

El hermano Anselmo, encargado temporal-

mente del convento, en calidad de mayordomo, gozaba de cierta libertad.

El antiguo granadero de la guardia se consideraba feliz al recordar su antigua profesion en compañía de su amigo.

Santiago de Brandes, algo fuerte ya en tirar al sable, se perfeccionó en poco tiempo, gracias á las lecciones del maestro.

El baron estaba, pues, en condiciones de matar á un adversario guardando todas las reglas á que el honor obliga.

Con la pistola tiraba con una precision extraordinaria.

En fin, no era escrupuloso, como se ha visto. Pero es preciso hacerle justicia. Era valiente y muy intrépido; no hubiera retrocedido ante media docena de sitiadores armados de palos, sables ó escopetas.

Terminado el almuerzo, el sargento y el alguacil se despidieron y marcharon cada uno por su lado.

El baron entró en el comedor, se sentó en un viejo sillón, cargó su pipa, la encendió y, recostándose sobre el respaldo, principió á arrojar bocanadas de humo, que contempló con aire pensativo.

—¿En qué pensais?—le preguntó Susana, que quitaba la mesa.

—Pienso en que quisiera fumar excelentes cigarrillos en lugar de este execrable tabaco. Pienso en que quisiera tener un servicio de plata en lugar de esta mala vajilla, y un cocinero digno de un principe para retirar á la vieja Susana, que tiene necesidad de descanso. Estoy cansado de este nido de buho, en el cual no quisiera morir. ¡Es preciso impedir ese matrimonio!

—¿Y cómo impedirlo?

—Ese Bechará hubiera encontrado el medio si se le hubiera rogado. ¿Por qué he de ser yo menos ingenioso que él?

—¿Y si no se impide?...

—Entonces tanto peor para el vizconde.

—¡Tanto peor!...

—¡Sí, porque entonces le mataré!

—¡Bah!

—Con la estocada del hermano Anselmo...

—¿Es á eso á lo que vais al monasterio?

—¡Justamente!

—¡Con tal de que el vizconde quiera batirse!

—Le obligaré á ello.

—Señor baron,—dijo Susana,—hay momentos en que me asustais con vuestras ideas!

—No hay razon para que te asustes. Mi ambicion no puede perjudicar más que á los otros. ¿No es sabido que hay... osadías... infamias, si se quiere, que no caen bajo la accion de la ley? He reflexionado mucho en esta cueva... Necesitaba un azar. El azar se ha presentado. Ahora bien, Susana, hay cosas por las cuales se puede arriesgar la vida, el honor, todo; una fortuna como la de Roye... ¡una mujer como Germa-nal!...

—La fortuna es grande y la mujer hermosa.

—¡Quiero la fortuna menos por mí que por Andrés, mi hijo adoptivo, á quien haré rico si puedo! ¡En cuanto á la mujer, me aborrece, lo sé; no me perdonará, es posible! Pero mientras yo viva ningun otro la poseerá.

El cura habia terminado su leccion y se volvió á su casa.

Andrés entró en el comedor con sus libros debajo del brazo.

Santiago de Brandes le llamó, pasó los brazos alrededor del niño y atrayéndole hácia sí besó la blanca frente del huérfano.

¡Aquel cariño era tan puro como el oro al salir del crisol, sin un átomo de mezcla alguna!

XVII

Smith y Struth

Katte Potter, la criada de la quinta de Sainte Brelade, tenía treinta y dos años.

En general, la inglesa es una rosa que se marchita pronto.

Kate Potter no estaba aun marchita, pero su hermosura principiaba á desaparecer.

Buena por naturaleza, era cariñosa y dulce. Se apasionó, pues, por la novela en accion que se desarrollaba ante sus ojos, lisonjeándose de desempeñar en ella un papel.

Poco á poco recibió pequeñas confidencias, muy oscuras y que no sirvieron más que para aumentar su curiosidad.

Después de la desaparición de la *Golondrina*, la señorita de Roye se encerró en su casa, en la cual debía dejar una parte de su vida y no volvió á salir de ella.

Sus paseos se limitaban á recorrer el huerto lleno de manzanos y legumbres del difunto doctor.

Desde sus ventanas contemplaba el cementerio de Sainte Brelade y la pequeña iglesia revestida de yedra.

Por el otro lado, el mar se extendía hasta el infinito. En la marea alta las olas iban á morir lamando las paredes de la casa.

Jamás atravesó la joven aquellos límites. Se abismaba en sus delirios,

Mil confusos proyectos se agitaban en su enfermo cerebro.

A medida que el acontecimiento se aproximaba, se sentía sumergida en mayor perplejidad.

Ya no tenía amigos á su lado.

El capitán Perros estaba lejos.

Por momentos se censuraba amargamente no haberse confiado á su tío y haber querido llevar sola la carga que le agobiaba.

Y seguía sintiendo aquellos estremecimientos que la recordaban su vergüenza, su dolor en el presente y su desgracia en el porvenir.

Ursula esperaba, pero en vano, que los sentimientos de ternura volvieran á su corazón.

Esperaba que el amor maternal, esa pasión divina que la naturaleza ha puesto en el corazón de las madres, ahogaría la aversión de su ama á lo que naciera.

La decía algunas veces:

—Vos sois bastante rica para educarle en secreto y asegurarle un porvenir.

¡A él! ¡al pequeño ser que iba á venir!

Germana se encerraba en su feroz silencio.

Kate Potter trataba de comprender, y por momentos creía estar sobre la pista y entreveía en esta aventura un honrado pié de fortuna.

¡Si quisieran confiarla la criatura!

Después de todo la cosa no era imposible.

Por desgracia, Kate abrigaba una pasión hacia dos años. Sus amores tenían por objeto un simple pescador de Saint-Helier, poseedor de una mala barca, con la cual, á riesgo de irse á fondo en cada viaje, explotaba la rojiza mar

que se estiendé de Jersey á Saint Malo, á Caunterets, á la Hague y á Cherbourg. y envuelve la península de Contentin, de Graville á Barfleur y más allá.

Este atrevido pescador, cuyo menor defecto era el absorber en tierra más whisky que un hombre puede cargar de ordinario, se llamaba Harry Struth.

Harry tenía cerca de seis pies de altura; era seco como un pez curado; barbudo como un oso, y fuerte como un toro. Era quizás el personaje más popular de todas las islas normandas.

Manejaba por sí solo la vela, y gobernaba el timon y traía su pesca, la mayor parte de las veces, sin tomarse el trabajo de llevar consigo un compañero que le ayudara.

Tenía un día de descanso á la semana; ese día iba siempre á pasear su barca á la bahía de Sainte-Brelade, y no dejaba nunca de saltar en tierra y visitar la taberna de Nicolás Clarkson, de quien era el mejor parroquiano. Esta taberna se encuentra en el centro de la bahía, á una milla poco más ó menos de la casa de color de rosa, que administraba Kate Potter.

Katte vió más de una vez á Struth sentado en la taberna, al ir por provisiones para el difunto doctor. Se informó, y supo que era soltero. El tabernero les sirvió de intermediario. Entre Katter Potter y Harry Struth se trataba del matrimonio en serio. Katte no quería oír hablar de otra cosa, lo cual era heroico tratándose de un borracho de la talla de Struth. El pescador, por su parte, no rehuía el compromiso; pero sin apresurarse demasiado. Tenía una ambición, que era la de reunir la suma suficiente para reemplazar su vieja barca por un barco flamante y nuevo.

La barca erugía á impulsos del viento y amenazaba ruina, cosa que no impedía á Struth lanzarse al mar en las noches más sombrías, cuando los menos tímidos de entre sus colegas se quedaban en tierra por temor á un siniestro. Y Struth regresaba cuando ya se le creía en-

gullido por las olas. Y no solo regresaba, sino que en tales noches traía siempre inconcebible abundancia de pesca que vendía inmediatamente á buen precio; pero todo su producto lo dejaba en seguida en manos de los espendedores de cerveza y de jamones de York.

Mientras tenía dinero en el bolsillo de su chaqueta, era generoso como un señor. Por eso no reunía nunca las cincuenta libras esterlinas que necesitaba para reemplazar su barca, que hacía agua por mil agujeros que el algodón y la estopa no tapaban ya.

La vela de su único mástil, estaba tan remendada como el traje de un mendigo breton y sin embargo Struth iba siempre tan altivo, tan orgulloso, en su barca.

Struth era conocido por el mote de *El lobo blanco*. Las gentes de Saint Malo, que no tienen nada de flojas y las de Granville, que no son cobardes, habían tenido más de una vez que repartir la pesca de sus redes con este audaz pescador, que á poco que se le hubiera molestado, se hubiera convertido en un corsario y que no se ocultaba para pescar en aguas prohibidas.

Ocurrió que un día, el 13 de septiembre, de regreso de una pesca sin resultado, Struth fué sometido á dura tentación. El diablo había tomado la figura de uno de sus camaradas de taberna. Este camarada se llamaba Jacobo Smith; este Jacobo Smith reunía la funciones de comisionista y de intérprete. Además poseía una inoble tienda, en la cual, so pretexto de antigüedades, vendía toda suerte de inmundicias, traídas de no se sabe dónde. Se desconocía la nacionalidad de Smith, pero había muchas razones para creer que era un judío alemán en malas relaciones con la policía de su país.

Smith era tan pequeño como Struth alto; tan grueso como el pescador delgado; tan insinuante y tan cortés, como áspero y rudo el otro. Y sin embargo se entendían á las mil maravillas.

Smith procuraba algunas veces buenos bene-

ficios á Struth, como llevar á Saint-Malo ó á Granville despachos de que nadie queria encargarse por lo detestable del tiempo. El contrabando era, sobre todo, el resorte de este estimable traficante. Despues de todo, tenia ciertos tributos Smith. Chapurreaba el francés lo bastante para hacerse comprender; el inglés lo hablaba bastante bien, y el alemán como un natural del país de las berzas ácidas.

Smith fué aquella tarde al puerto á esperar á que su amigo desembarcase, y le llevó á un figon de *Broad-street*, horrible tabuco en donde se reunian los bateleros, los vagabundos y los rateros de la isla.

La enseña de los *Papagayos*—un trapo multicolor—se agita encima de la puerta de entrada.

Struth no puso dificultad alguna en ir allí. Además tenia la bolsa vacía y en semejantes casos es siempre agradable encontrar un amigo generoso. Pero él estimaba en su justo valor su alianza con Jacobo Smith. Cuando estuvo sentado con él en presencia de una *pinta de ale* y de un plato de *roastbeef*, acompañado de una pirámide de patatas, manifestó su asombro al verse tratado así por Smith que no era tan despreciado de ordinario.

—¿Habeis heredado?—le preguntó.

Smith sonrió con amabilidad. De feo que era se puso horrible.

—No,—dijo,—pero si quereis podemos realizar un negocio soberbio.

—¡Soberbio!

—Soberbio. ¿Continuáis siendo amigo de la rubia de Sainte-Brelade, Harry?

—¡Uf!

—Una mujer encantadora,—afirmó con tono adulator Smith.

—¡Pech!

—Y que tiene verdadera debilidad por vos.

—¡Bah!

—En fin, teneis entrada en la plaza ¿no es eso?

—¡En ocasiones!

—Ese es el punto capital.

Struth devoraba. Por el momento no le preocupaban las mujeres. No hay nada como el aire del mar para abrir el apetito. El de Struth era feroz. En un instante se engulló sus tres cuartas partes del *roastbeef* y la montaña de patatas. Por lo demás, Smith le servia con verdadero apresuramiento y solicitud; pidió una loncha de jamon de York, de un kilo, con otra *pinta de ale* para rociarlo.

—Os vais á arruinar,—observó Struth.

Smith se dió un golpe en el bolsillo del chaleco que sonó á metal. Esto no quiere decir que fuera rico, pero con media docena de coronas en el bolsillo, puede producirse una música alegre como unas castañuelas. Esto era, poco más ó menos lo que poseía Smith.

Vuestra vieja barca va á dejaros en el camino el día menos pensado—insinuó Smith capciosamente.

Struth lanzó un suspiro capaz de conmovér á un muerto, pero no perdió bocado.

—Y cuando os quedeis sin ella, lo cual no tardará en ocurrir, os vereis obligado á renunciar á Kate Potter, que es una muchacha positivista.

Struth, con la boca llena, hizo un gesto de profunda indiferencia.

—¡Como si no hubiera más mujeres que ella!—dijo.

Pero Smith no se descuidó en añadir:

—Y á ponerlos al servicio de otros, de James Clark ó de John Beard, por ejemplo.

Struth no suspiró esta vez; pero si lanzó un terrible juramento.

—¡Truenos del diablo!—exclamó:

Smith llegaba por medios rastreros á lo que se proponia.

—¿Quereis una barca nueva?—dijo bruscamente.

Struth cerró los puños como un boxeador.

—¡No me gusta que nadie se burle de mí, lo oís!—respondió.—Mi vieja barquilla hará aún tantos viajes por mar como meses y acaso días, no vivireis vos, ¿habeis entendido?

—Os desesperais sin razon para ello—dijo Smith con tono acariciador.—¿Quién, de un extremo á otro de Jersey, ó en Guernesey, ó en Serk, se atreveria á burlarse de Harry Struth? Os propongo un negocio serio, como no se presentará otro semejante en diez años, si se presenta. Tanto peor para vos si lo dejais escapar.

Struth se puso de codos sobre la mesa y miró frente á frente al tentador Smith.

—¿Sabeis—le dijo—que la barca que necesito costará por lo menos cincuenta libras?

—¡Es una cantidad respetable!

—¡Ni un penique menos!

—¡Y que es preciso pagar al contado!—dijo Smith.

Struth volvió los bolsillos de su blusa de lana.

—Vos tendreis cincuenta libras y yo mi comision, porque yo tengo una comision en este asunto—dijo Smith.

—¿Pero lo que me proponeis es acaso una maldad?—preguntó Struth.

—Conozco á muchos compañeros vuestros que arriesgarian la vida por ménos. Pero la operacion es de las más seguras y no puede comprometeros.

—¡Mil bombardas!—exclamó—¡explicáos! Smith bajo la voz.

—Hablemos claro—dijo.—Hay una mujer, una francesa, en casa de Kate Potter.

—¿Y qué más?

—Esa mujer debe dar á luz dentro de dos ó tres días.

—Continuad.

—La criatura que ha de venir tiene un padre...

—¡Tunante!

—Ese padre la quiere.

—¡Si es suya!—dijo Struth.

—Para tenerla es preciso que se apodere de ella, porque la madre se oculta precisamente para que él no la tenga.

—Me interesas, amigo Smith; me interesas enormemente—balbució Struth, medlo alegre.

—Nos dará sesenta libras, en primer lugar, si le entregamos esa criatura.

—¡Oh!—dijo Struth, que estaba incapaz de guardar el equilibrio. ¿Sesenta libras dices?

—Diez para mí... ¡una bagatela! Y pondré en vuestra mano cincuenta libras.

—¿Y en segundo lugar?...

—Si conducimos la criatura al sitio que el hombre nos indicará.

—¿Léjos?...

—A las costas de Francia.

—Eso es factible. ¡Cincuenta libras por el trabajo!

—Cincuenta.

—¡El precio que quiere ese bergante de Tom Robinson por mi barco!

—Precisamente.

—Pero es preciso entenderse con Kate Potter. Sin ella no podemos hacer nada.

—Es inútil darla nada.

—No—dijo Struth, que no perdía la cabeza;—será suficiente prometerla....

—Casarse con ella, y asunto arreglado—dijo Smith.

—Mi querido amigo—repuso el pescador,—tienes mucho talento. ¿De qué país es el caballero de las sesenta libras?

—A mí qué me importa—dijo el judío,—con tal de que su dinero sea buen dinero inglés y tenga el busto de nuestra graciosa soberana?

—¡Vacíemos una botella á su salud—propuso Struth,—una botella de ginebra, de buena ginebra, que me haga creer que soy un *lord* rico, con millones de guineas y que poseo una escuadra de barcos capaces de pescar todo el bacalao de Terranova!

—Bebamos—repitió Smith, que era sobrio

como un dromedario;—pero queda convenido, ¿eh?

—Queda convenido, por cincuenta libras.

—¿Y vos vereis á Kate Potter?

—Veré á Kater Potter.

Media hora más tarde el borracho roncaba bajo la mesa. Smith frotaba una contra otra sus gruesas manos.

—¡Pediré el doble al caballero!—pensaba.—El asunto le interesa en extremo. ¡Ah, las daré, y no daré más que cincuenta á este animal!

Las borracheras de Struth no eran nunca largas.

Se hubieran necesitado, para aplanarle, diez ó doce botellas de esa buena ginebra que le daba todas las riquezas de la tierra mientras las apuraba. Y Struth no tenía tanto crédito en las tabernas felizmente. Al día siguiente por la mañana, se hizo á la vela, y para informarse, fué á lanzar su trasmallo á la bahía de Sainte-Brelade.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO GARCÍA ROBLES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII

Mientras la tempestad.

Al otro día, á eso de las dos de la tarde (era á mediados de setiembre), al contrario de lo que ocurre de ordinario en las islas, en donde la temperatura se refresca por la brisa del mar, el calor era sofocante. Pesadas nubes cargadas de electricidad, pasaban lentamente por encima de Jersey, y parecían tan bajas, que se hubiera creído que iban á clavarse en las puntas de las rocas del Noirmont ó en las almenas de las sombrías torres de Montergneil.

No llovía. Únicamente la tempestad amenazaba.

Tres mujeres estaban reunidas en una de las habitaciones de la casa de color de rosa. La más jóven, tendida en su lecho, se retorcia, presa de intolerables dolores. Era la señorita de Roye. Las otras dos estaban de pié á la cabecera del lecho.

—¡Y ese Perros que no viene!—esclamó Germana en un momento de cólera.—¡Que no esté aquí ya! estoy segura de que debe llegar pronto. ¡El no puede olvidar!... Ursula mirad á ver.